

MÁXIMO GALARDÓN CHILENO | Se inicia el proceso 2020

# Premio Nacional de Literatura De géneros y (dis)paridades

De acuerdo a una norma no escrita, este año el galardón le corresponde a un/a poeta. En el caso de que lo obtuviera una mujer, sería la segunda después de Gabriela Mistral, quien lo recibió en 1951, seis años después del Premio Nobel.

MARÍA TERESA CÁRDENAS MATURANA

“Más allá o más acá de que se premie a una mujer, hay una cosa antidemocrática; entonces, si uno fuera coherente políticamente, yo te diría que los próximos diez premios nacionales se los deberían dar a las mujeres. Para empezar a equilibrar. Y todavía quedamos cortos”, opina Diamela Eltit en una entrevista a este diario en 2006. La solidez y originalidad de su obra, que en ese momento ya contaba con novelas como *Lumpérica*, *Los vigilantes*, *El cuarto mundo* y *Mano de obra*, y su influencia como formadora de nuevas generaciones, motivaron a sus adherentes a postularla entonces por segunda vez. El premio, sin embargo, fue indiscutible: lo obtuvo el narrador y cronista José Miguel Varas (1928-2011).

Este año, a Diamela Eltit le correspondió integrar el jurado como ganadora de la versión anterior, en 2018. Y como es lógico, esta vez se excusa de opinar. “No puedo decir una palabra”, afirma. Desde 2006 hasta hoy, solo ella e Isabel Allende se han sumado a la lista de premiados, que ya cuenta con 53 nombres: 48 hombres y cinco mujeres.

## Un poco de historia

El Premio Nacional de Literatura —tal como el de Bellas Artes— fue instaurado en 1942, durante la presidencia de Juan Antonio Ríos, y surgió particularmente de la iniciativa y gestión de la Sociedad de Escritores de Chile, SECH (fundada en 1931), con el fin de reconocer la trayectoria de los creadores literarios en sus diversos géneros: poesía, narrativa, crónica, dramaturgia, ensayo. Como suele ocurrir, y se ha considerado su “pecado original”, antes de promulgarse la ley correspondiente, el premio ya tenía ganador: Augusto D’Halmar (1882-1950).

Desde 1942 a 1972 —en que lo obtuvo Edgardo Garrido Merino (1888-1976)— se otorgó anualmente. Ese año, y debido a la difícil situación económica del país, entre otras consideraciones, hubo una modificación a la ley, que estableció el carácter bienal de premio. Hasta ese momento lo habían obtenido 31 escritores: 29 hombres y dos mujeres: Gabriela Mistral (1951) y Marta Brunet (1961). Una poeta y una narradora, ambas con una obra magistral. Y también autoras de rondas infantiles. En una carta enviada esta semana a “El Mercurio”, la escritora y directora de Ediciones U. Alberto Hurtado, Beatriz García-Huidobro, señala: “Los premios legitiman el canon y por eso importan. Analizando las lecturas sugeridas por el Ministerio de Educación (...) podemos constatar que hasta 4º básico existe una cierta paridad de género entre autoras y autores, pero a partir de 5º básico, es decir, cuando las cosas se ponen ‘serias’ y la lectura se aleja de su carácter de adiestramiento en la habilidad

misma para entrar en el campo literario, esto cambia drásticamente y ya no se modifica”.

Aunque no hay una norma escrita, a partir de 1984, cuando resultó ganador el poeta Braulio Arenas —que también escribió novela, por cierto—, se puede constatar una alternancia entre poetas y narradores premiados. Paridad respecto de los dos grandes géneros literarios, no así entre hombres y mujeres. “La ausencia de poetas premiados es bochornosa conceptualmente hablando”, afirma Beatriz García-Huidobro. “Chile, país de poetas... pero hombres. Y justamente porque la poesía es altamente valorada en nuestro país, se le ha reservado su más alto galardón a los hombres”. Coincide con ella Oscar Hahn, reconocido con el premio en 2012, quien enfatiza la diferencia entre 25 poetas hombres y solo una mujer premiados: “Es incomprensible. Uno tendría que preguntarse entonces: ¿Es esa la diferencia de calidad que hay entre la poesía de mujeres y la de hombres?”. Por cierto que no.”

Y va más allá: “Yo podría hacer aquí mismo una lista de poetas menores que fueron galardonados, pero me la voy a reservar. Después de todo, la culpa no es de los miembros del jurado, hijos todos del canon valórico masculino y de una sociedad históricamente sexista”. Si entrega, en cambio, nombres de mujeres poetas que lo merecieron: Winnett de Rokha, Violeta Parra, Eliana Navarro, Stella Díaz Varín.

El crítico Ignacio Valente (José Miguel Ribó), quien abogó por el premio para la narradora María Luisa Bombal —fallecida en 1980—, también nombra a Violeta Parra. “¿Por qué no, si Bob Dylan obtuvo el Nobel?”, dice, y suma a Rosa Cuschaga a la lista de omitidas. Raúl Zurita, quien lo obtuvo en 2000, coincide con esta crítica, pero le da un giro: “El arte es profundamente refractario a las estadísticas, a las sumas y restas, tal como las más relevantes autoras de hoy y de ayer: Virginia Woolf, Marguerite Duras, la Szymborska, y a su lado profundamente refractarias a la

idea de la paridad, en el sentido de que se les den reconocimientos solo por el hecho de ser mujeres. Sería agregar una humillación más a las grandes excluidas: María Luisa Bombal, Winnett de Rokha, Eliana Navarro y Stella Díaz Varín, que no les dieron el Premio Nacional únicamente porque eran mujeres”.

En esa misma línea, Zurita afirma: “El hecho es que para la literatura es tan inexplicable la ausencia de la Bombal como la de Germán Marín, la de Stella Díaz como la de Roberto Bolaño, la de Winnett de Rokha como la de Vicente Huidobro, como le es también repugnante la ausencia de Lemebel, excluido por la homofobia, como la increíble ausencia de los poetas mapuches excluidos por el racismo”. Y extiende su crítica más allá del Nacional: “Mira las listas de ausentes de cualquier premio y verás el horror del mundo: sus prejuicios, su crueldad, su estupidez”.

Respecto de la alternancia entre poesía y narrativa, Ignacio Valente la considera “convencional”. “La elección no debería tener un pie forzado de género”, afirma. “Nunca estuve de acuerdo con esa norma”, comparte Hahn. Y explica: “Puede ocurrir que en un momento dado haya autores que merecerían ser premiados, pero como son del género cuyo turno es en dos años más, no pueden ser candidatos. ¿Qué se hace entonces? ¿Premiar a un postulante

solo porque ‘le toca’ al género que practica, aunque no tengo los méritos suficientes para ser jurado en 2014 estudió concienzudamente la ley, ‘en ninguna parte dice que tiene que haber alternancia’. ¿Qué es lo que propongo? ‘Yo pienso que el premio debe ser anual y abierto a todos los géneros, incluso al ensayo’, señala.

Sobre la alternancia, Raúl Zurita discrepa, con ironía: “No debe eliminarse. Hago un rápido recuento y hay 20 poetas, hombres y mujeres, que se lo merecen. Eliminarla sería un acto de gran crueldad para nuestros hermanos narradores”.

Beatriz García-Huidobro, en tanto, dice que si bien le parece “adecuado” diferenciar los grandes géneros, “hay que considerar que en la categoría de narrativa o prosa se subsumen la dramaturgia y el ensayo (y en él, la crónica), quedando invisibilizados y por ende sin posibilidades de reconocimiento, como sucedió con Isidora Aguirre, otra injusticia imperdonable”. Y apunta a un debate que resurge cada dos años, cuando se acerca la fecha del premio: “Un detalle no menor es el del jurado, cuyos miembros se designan burocráticamente en lugar de estar compuesto por especialistas”, afirma. “De hecho —hace un paréntesis—, la persona premiada anteriormente tendrá voz y voto en un género diferente de aquel al que ha destinado su vida literaria”. Sobre la necesaria idoneidad de los electores, agrega: “Es de supo-

ner que jurados estrictamente literarios evaluarían las obras en su mérito y la paridad se establecería espontáneamente, pues así está distribuida en todos los campos de la vida. Y, definitivamente, este galardón debería ser anual y al menos en dos grandes áreas. No solo por quien lo recibe, sino porque la oficialidad de los premios permea en la sociedad y releva a la literatura en toda su diversa e inagotable profundidad”.

## Actualización de las normas

En esta versión se terminarán de implementar los cambios en la Ley N° 19.169 de los Premios Nacionales, de acuerdo a la Ley 21.045 del año 2018 que creó el Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio. A partir de ese año, el jurado de los premios en las áreas artísticas —Literatura, Artes Musicales, Artes de la Representación y Audiovisuales, y Artes Plásticas— pasará a estar encabezado por el titular de ese ministerio —y no por el de Educación—, lo que si se concretó en la versión anterior. Lo que quedó pendiente entonces fue la incorporación al jurado de “dos destacadas personalidades” del área, designadas por el Consejo Nacional de las Culturas, las Artes y el Patrimonio. Esto fue resuelto el pasado 12 de junio, dando por iniciado el proceso 2020: Adriana Valdés, directora de la Academia Chilena de la Lengua y presidenta del Instituto de Chile, y la poeta María Isabel Lara Millapán serán las especialistas que se sumarán al jurado que, aparte de la ministra de las Culturas, Consuelo Valdés, está conformado por el rector de la Universidad de Chile —Ennio Vivaldi—, el último galardonado —Diamela Eltit—, un representante de la Academia Chilena de la Lengua y un representante del Consejo de Rectores. Estos dos últimos están pendientes, aunque la Academia de la Lengua ya citó a sus miembros a una reunión virtual este lunes, para resolver la designación.

“Hay poetas que quedarán en el camino, como Violeta Parra, Stella Díaz Varín o Cecilia Gasman”, dice Beatriz García-Huidobro. “Pero más que los que fallcieron, es interesante ver cuántas están hoy vivas y lo merecen en sus respectivas y personales propuestas: Delia Domínguez, Eugenia Brito, Carmen Berenguer, Rosalbetta Muñoz, Cecilia Vicuña, Verónica Zondek, Graciela Huaiño, Elvira Hernández, Marina Arrate, Malú Urrutia... Y es evidente que muchas de ellas no llegarán a recibirlo nunca; necesitaríamos 40 años para reconocerlas. Y si agregáramos a aquellas que involuntariamente he omitido, más las que están iniciando prometedoras obras, quizás completaríamos un siglo de exclusiones”, enfatiza.

“No es el mejor momento para hablar de premios”, reconoce Zurita, y dice que lo hace aquí “solamente por el respeto y admiración que me inspiran algunos de sus postulantes, como Carmen Berenguer, Rosalbetta Muñoz y Cecilia Chahuallal”.

Ya abierto el proceso 2020, las postulaciones —otro tema para debatir— se pueden realizar hasta el lunes 10 de agosto a las 18:00 horas. En la página correspondiente (<https://www.cultura.gob.cl/premiosnacionales/>) se advierte que “por el contexto de la crisis sanitaria y los resguardos de salubridad necesarios, este año NO se recibirán antecedentes de forma física en las oficinas del ministerio”. Algunas de las postulaciones están lanzadas, y entre ellas, como ya he mencionado y mujeres.

## PÁGINA ABIERTA

# UN HOMENAJE A LA MEMORIA

**Dibujos de Hiroshima**, de Marcelo Simonetti (1966), es una novela inusual, pero si examinamos la carrera de este autor, resulta que todo o casi todo lo que ha escrito es inusual: la excepcional y brillante *La traición de Borges*, el notable relato *El fotógrafo de Dios*, o la colección de cuentos *El abanico de madame Czechovski*, sin mencionar, libros inusuales, extraños, singulares, concebidos con notable pericia narrativa, oficio innato, real talento, independencia intelectual. Posee a lo anterior, Simonetti, que además es dramaturgo, cronista deportivo, creador de literatura infantil y juvenil, y quien sabe cuántas cosas más, parece un hombre bastante quitado de bulla, alejado de las conjeturas, sencillo, accesible, todo lo cual podría estar en contradicción con una obra harto fantástica. Y no es así: el talante tranquilo y reposado suele prestarse para las imagnaciones fructíferas, desenventadas, originales, incluso peregrinas.



**DIBUJOS DE HIROSHIMA**  
Marcelo Simonetti  
Emecé editores,  
Santiago, 2020.  
196 páginas,  
\$12.900.  
NOVELA

El protagonista de **Dibujos de Hiroshima** es Yasuhiro Nakata, chileno y portuño de tomo y lomo, cuyos ancestros, evidentemente, japoneses. Gracias a una premoción, sus padres y abuelo emigraron a Chile en los años 30, antes de la Segunda Guerra Mundial y de la catástrofe nuclear que, en 1945, destruyó a esa ciudad, situada en el centro del archipiélago nipón. En verdad, los Nakata pensaban emigrar a Perú; sin embargo, por motivos fortuitos, siguieron de largo y se instalaron en Valparaíso, que de inmediato les fascinó al hallar que tenía forma de concha y, de una forma un tanto caprichosa, se veía muy similar a su entorno nativo. Yasuhiro nace, crece, se desarrolla entre nosotros, tiene una polola chilena, Alejandra, y todo indicaría que se va a casar, formará una familia y prosperará en calidad de cateдрático u otra profesión que se le ocurra ejercer, especialmente en el campo de las humanidades. Con todo, nuestro héroe tiene una

obsesión, cuyo nombre es Ryu Nakata, su abuelo. Y quiere saber todo, absolutamente todo, lo relacionado con este personaje que ha fallecido sin dejar testimonios visibles de su trayectoria, salvo unas pocas cartas y uno que otro relato, en los recuerdos de quienes le conocieron. La única forma de averiguar cuánto hizo o dejó de hacer Ryu es, desde luego, viajar a Japón y en concreto, a Hiroshima. De modo que Yasuhiro emprende la travesía y arriba a la nueva urbe, abre un hermoso y floreciente puesto que, literalmente, ha resucitado desde las cenizas. Ahí lo recibe Saturo, un joven gay que será su compañero de correrías y lo pasará por los sectores más “turísticos” de Hiroshima o bien lo internará en los barrios pecaminosos. La figura central de esta aventura es Aika, una bella, inteligente, desprejuiciada, irresistible muchacha,

que habla perfecto español, unida a Yasuhiro por lazos de parentesco y de la cual parecería imposible no enamorarse. Resumir siquiera una parte de lo que pasa en **Dibujos de Hiroshima** es impracticable, aun cuando se trate de un volumen de escasa longitud. Prácticamente la totalidad de la historia transcurre en aquel al que ha destinado su vida literaria. En el fondo, **Dibujos de Hiroshima** constituye un homenaje a la memoria, a la manera cómo la experimentamos, a la experiencia inborrable que significan los recuerdos, a las ceremonias y ritos indispensables en el diario vivir y a, más que nada, al rumbo que tomamos nuestras existencias cuando llegamos a percibir que el presente y el pasado son indivisibles, puesto que, según lo expresa un haiku: “No queda altramuzo / Aliento / Brillan lucci / Añora, sobra niente”.

En **Dibujos de Hiroshima**, Simonetti muestra un virtuosismo carente de toda pedantería, utiliza una prosa clara,

elegante, muchos veces poética y recurre a medios más bien convencionales —misivas, mensajes de texto, referencias—, aun cuando eficaces y convincentes. Bajo una apariencia simple, hay una profunda formación literaria y por cierto, una sólida cultura, que se nota en las incontables alusiones literarias, musicales, cinematográficas, pictóricas y de otro tipo, que permanen este raro trabajo ficcional. En el fondo, **Dibujos de Hiroshima** constituye un homenaje a la memoria, a la manera cómo la experimentamos, a la experiencia inborrable que significan los recuerdos, a las ceremonias y ritos indispensables en el diario vivir y a, más que nada, al rumbo que tomamos nuestras existencias cuando llegamos a percibir que el presente y el pasado son indivisibles, puesto que, según lo expresa un haiku: “No queda altramuzo / Aliento / Brillan lucci / Añora, sobra niente”.

Comente en: [blogs.elmercurio.cl/cultura](https://blogs.elmercurio.cl/cultura)

por Camilo Marks